

EL DÍA MÁS TRISTE DE MI VIDA

Martha Angélica Rivera Sustaita

Mi nombre es Martha Angélica, mi domicilio en el exterior se encuentra ubicado en la colonia Estrella, manzana 12, lote 12, número 101. Mi infancia la viví en la colonia Tamatán, ex hacienda Tamatán, en Ciudad Victoria, Tamaulipas. Es ésta la historia de mi vida.

De lo que más me acuerdo es de cuando tenía once años y falleció mi padre. Fue un golpe muy duro para mí. Recuerdo que escuchaba pláticas de mi madre que decía que mi papá no tenía remedio, que ya se encontraba muy enfermo.

Un día llegaron a mi casa varias gitanas, tenían un campamento cerca de mi domicilio. Recuerdo que mi mamá tenía gallinas y guajolotes. Les dijo que no las podía atender porque su esposo estaba enfermo, pero una de ellas hizo caso omiso entró y lo empezó a curar con unas plantas. Mi papá casi no comía; le dijeron que era un mal que le habían puesto, pero mi mamá no creía en esas cosas.

Pasaron tres meses, y esa fecha la recuerdo como si fuera ayer. El 7 de junio 1981 mi padre se puso muy grave y nos pidió ver a su hermano Ramón. Ese mismo día, a las doce de la noche, mi padre me encargó con mi tío Ramón. En su despedida le pidió a toda mi familia que me trataran bien. Él, de cariño, me decía *Flaca* y me dio su bendición antes de morir. El momento más triste de mi vida fue cuando se le cerraron los ojos. Para mí fue

como si se hubiera quedado dormido, y es así como lo guardo en mi pensamiento cada vez que lo recuerdo. Hasta el día de hoy, el solo hecho de acordarme de él me pone triste, tal vez porque no he logrado superar tan irreparable pérdida.

Mi madre, llorando, le mandó avisar a mi hermano David, que en esos tiempos andaba muy entregado a la religión de los mormones y no asistió. Nada más hizo el comentario, según sus creencias, de que ya había muerto y había que sepultarlo. Cuando estábamos velando a mi padre, mi mamá se enteró de que David andaba enfiestado en un bautizo. A mi mamá le partió el alma y lloró mucho de tristeza. También le avisamos a mi hermano Teodoro, el cual trabajaba en el ejército. Mi padre fue sepultado en el panteón de la colonia Libertad, en Ciudad Victoria, Tamaulipas. Éste fue uno de los sucesos que marcó mi vida. En ese tiempo me encontraba cursando el primer año de secundaria.

Cuando cumplí quince años, mi mamá nos festejó en grande a mi hermana Rosa Patricia y a mí, porque supuestamente es mi gemela. Mi madre le dio estudios y, en la actualidad, es contadora pública. Lo que más me dolía en esta etapa de mi vida era que mi madre siempre demostró gran preferencia por mi hermana; de hecho, siempre le compraba todo lo que le pedía.

En el tiempo que cursaba la secundaria, tuve una amiga, Lupita Perea, a la cual quise y llegué a estimar mucho. La defendía de quien le dijera cosas, ya que era muy débil de carácter y las compañeras se aprovechaban de eso y siempre la hacían llorar. En unas vacaciones de Semana Santa, Lupita Perea salió de paseo fuera de la ciudad a un municipio de nombre Jaumave. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando ya no regresó debido a que sufrió un accidente en carretera en el cual falleció junto con dos de sus hermanos! Asistí a su funeral. Estuve muy afectada y triste por este suceso, que fue el siguiente acontecimiento que marcó mi vida.

Transcurrió el tiempo. En el transporte público en que me trasladaba de la secundaria a mi colonia conocí a Lupita Piña, nos

hicimos amigas y pasaba por mí todos los días para irnos juntas a la escuela. Por la tarde, mi amiga les ayudaba a sus padres en un negocio de frutas y verduras que tenían. Lupita tenía otra amiguita, de nombre Rocío, por la cual también pasábamos en las mañanas, aunque los padres de Rocío no le permitían que se juntara mucho con nosotras, ya que decían que no éramos de su mismo nivel. En la actualidad Rocío se desempeña como maestra de una escuela primaria, en el estado de Durango. Se casó, tuvo un hijo y su esposo falleció al año de casada. Seguimos manteniendo comunicación por carta, ya que su hermano José vive en Ciudad Victoria.

Terminamos el segundo año de secundaria y Lupita conoció a un muchacho de nombre Fermín, el cual la pretendía. Se veían a escondidas, ya que en su casa no la dejaban tener novio. Lupita me presentó a un amigo de Fermín, de nombre Arturo Anguleme Licon, quien trabajaba en Grúas Pacheco, y me hice su novia. Todos los días nos iban a dejar a la secundaria. Las cosas iban muy bien. En mi etapa de adolescencia todo fue color de rosa, eran días felices aquellos.

Cuando estaba en tercero de secundaria, a mediados de año, un día Arturo quedó de pasar por mí a la hora de salida. Lo estuve esperando hasta las siete y media de la tarde y nunca llegó; me fui a mi casa muy decepcionada y triste. Recuerdo que estaba cenando cuando escuché en la radio un llamado urgente a los familiares de Arturo Anguleme Licon. Me quedé muda al escuchar que se había electrocutado con una pluma eléctrica cuando bajaban un cargador o transformador del Seguro Social. Fue una impresión muy grande. Cuando lo estaban velando en su casa, llegamos mi amiga, su novio y yo, y nos dijo su madre: “¿Quién de ustedes era la novia de mi hijo Arturo? Porque él había quedado de ir a verla. De hecho me comentó que al día siguiente la iba a traer para presentárnosla”.

Dos o tres días después, su mamá y yo quedamos de vernos, pero ya no supe de ellos porque se cambiaron de domicilio y todo

sucedió muy rápido. Por cierto, hasta hace aproximadamente seis años, todavía conservaba en un portarretratos el periódico donde fue publicada la noticia del accidente de Arturo, pero Alfonso, mi marido, me lo rompió en un arranque de celos.

Luego de esta tragedia me sentí en total depresión; no era fácil dejar entrar en mi vida a otro hombre y pasé mucho tiempo sin novio. Me prometí a mí misma que el día que me comprometiera con otra persona, su nombre empezaría con la primera letra del nombre de Arturo, en su memoria, ya que él fue para mí el amor de mi vida.

Poco después me hice amiga de Mirna Nieto, que todavía estudiaba la secundaria. Esta amistad es una de las que recuerdo con mucho cariño, porque hasta la fecha la conservamos. Mirna continuó sus estudios en la Normal Benemérito en Ciudad Victoria, y yo estudié en la Normal Superior para recibir el título de Maestra de Educación Preescolar, sueño que no pude realizar por falta de recursos económicos. Mi amiga Mirna sí concluyó sus estudios profesionales y logró conseguir una plaza de maestra. Durante este tiempo se ha realizado profesionalmente, y en la actualidad es directora de un jardín de niños en la ciudad de Reynosa.

En 1985 dejé la Normal Superior y entré a un curso de secretariado, pero no me gustó. Entonces opté por estudiar un curso intensivo de corte y confección. Aprendí muchas cosas, entre ellas a cortar ropa, mas no lo pude concluir. Enseguida cursé primeros auxilios, el cual sí concluí. Después me propuse estudiar belleza, e hice un curso de corte de pelo. Me gustó y, con el paso del tiempo, instalé un pequeño salón de belleza en mi domicilio.

A los dieciséis años viví uno de los episodios más tristes de mi vida. Conocí a Abraham Gómez Quintana, con quien tuve relaciones y quedé embarazada de mi primera hija. Cuando se enteró mi madre, fue a buscar a Abraham para reclamarle y pedirle que se hiciera responsable de la hija que íbamos a tener, cosa que

me molestó mucho porque yo no quería que se enterara. Asumía la responsabilidad de mis actos y pensaba hacerme cargo de la bebé yo sola.

En 1986 nació mi primera hija, Angélica Guadalupe Gómez Rivera. Nació de siete meses. Tuve un parto difícil, no me podía aliviar. Mi madre me aconsejó que hiciera un esfuerzo porque la criatura no podía nacer. En el cuarto de la clínica particular donde me alivié, no había ningún cuadro en la pared, y clarito vi una imagen de la virgen de Guadalupe. Escuchaba que me hablaba y me decía: “Hija, no te aflijas, todo va a estar bien”. Es por este suceso que mi hija lleva el nombre de Angélica Guadalupe, por mí y por la virgen que me hizo el milagro de que naciera con bien.

Aclaro que Abraham me apoyó económicamente, ya que se hizo cargo de los gastos del parto, pero de casarse dijo que no estaba en sus planes, porque él pensaba terminar sus estudios. Después de dos años, me enteré de que se comprometió con una mujer de nombre Martha, oriunda de donde era él. Nunca más lo molesté. En la actualidad se desempeña como maestro de música en un jardín de niños y, en la medida de sus posibilidades, siempre ha apoyado económicamente a mi hija.

Transcurrió el tiempo y busqué trabajo para cubrir mis gastos. Como no encontraba, decidí entrar como empleada doméstica en casa de una señora muy altruista, ya que motivaba a todos sus empleados para que se prepararan y nos daba chance de estudiar.

En ese empleo conocí a Angelita. Y el 10 de diciembre de 1987 me fui con ella y otras amigas a un baile a la colonia Estudiantil. Recuerdo que hubo un concurso en el que los participantes teníamos que amanecer bailando. Como fui la ganadora, estaba en medio de la cancha, bien contenta, festejando con mis amigas, cuando vi que llegaba mi hermano Teodoro. Se puso a insultarme delante de todos. Me llevó a mi casa y me golpeó con una vara. Creo que quedé inconsciente, porque ya no supe más de mí.

Al día siguiente, mi abuelita me dijo: “Este infeliz ya te desgració para toda tu vida”. La noche anterior, cuando me estaba golpeando, mi abuelita Ángela fue la que me defendió. Dice que tomó un azadón para darle a mi hermano y que dejara de golpearme.

Al otro día no me podía ni levantar, me sentía muy adolorida. Había quedado con mis amigas de ir a cantar *Las mañanitas* a la virgen de Guadalupe, pero no pude asistir. Después de esta dura y difícil situación, mi reacción fue querer enterar a mi madre de lo sucedido, pero mi abuelita Ángela me dijo: “Hija, tu madre no te va a creer, porque Teodoro es su hijo consentido”.

En ese tiempo mi mamá trabajaba cuidando a una señora de la tercera edad por las noches, por lo que no dormía en nuestro domicilio. Total, hice caso omiso de los sabios consejos de mi abuelita y, al día siguiente, fui a buscar a mi madre. Quería sentir su apoyo y comprensión; y con todo el dolor de mi corazón y la vergüenza que sentía, le conté ese horrible capítulo de mi vida. Le dije que Teodoro, su hijo consentido, había abusado de mí. Me contestó muy molesta y enojada que no le levantara falsos a mi hermano, que sabría Dios con quién me habría revolcado.

Así transcurrió el tiempo. Mi madre siempre me hizo sentir inferior, y siempre soporté callada, con mucho sentimiento, que me tratara de esa forma, la cual creía que no merecía.

En enero de 1987 ingresé a tomar un curso en la Academia de Policía y Tránsito Alberto Carrera Torres, en Ciudad Victoria. Me presenté a realizar el examen y lo aprobé. Cursé cinco meses, pero me faltó uno para concluirlo, porque me di cuenta de que estaba embarazada de mi segunda hija, Gabriela San Juana. Aproximadamente un año después, volví a inscribirme al curso, y el 17 de junio de 1988 me entregaron mi nombramiento como agente de Policía y Tránsito. Me comisionaron al municipio de Abasolo, Tamaulipas, y estuve bajo las órdenes del ingeniero Edwin Vargas, secretario de Seguridad Pública, desempeñándome como agente de tránsito.

A los cuatro meses de haber llegado al municipio de Abasolo, en octubre de 1988, conocí a Alfonso Lara Valdez. Recuerdo que pasamos a una gasolinera y ahí lo vi por primera vez. Me hizo plática, y después me di cuenta de que le atraía. Él buscó la manera de entrar a trabajar en el mismo lugar que yo, y lo logró. Con el paso del tiempo se dio la relación. Le comenté que tenía dos hijas que eran toda mi vida, mismas que mi madre me cuidaba cuando yo trabajaba.

Tomamos la decisión de vivir juntos y todo iba muy bien, hasta que una señora joven ingresó a trabajar en la Presidencia Municipal como secretaria.

Un día me dijo don Raúl, un policía municipal ya mayor, que Alfonso andaba con Rosario y no le creí, pero otro día, sin querer, le encontré una cajita de regalo que contenía unos aretes. Le pregunté si eran para mí y me contestó que no, que eran para Rosario. En ese momento hice el coraje más grande de mi vida.

Transcurrió el tiempo y en 1991 tomé la decisión de regresar a Ciudad Victoria. Solicité mi cambio y me comisionaron a la Casa Hogar del Niño. Alfonso fue a buscarme a casa de mi mamá y me propuso regresar. Mi madre se molestó mucho y me dijo que si regresaba con él, no me entregaría a las niñas: “Al rato te va a volver a dejar por otra”.

A pesar de todo, siempre apoyé a Alfonso. Lo ayudé para que ingresara a la Policía Rural, trabajo que aún conserva. Recuerdo que ese año estaba embarazada de mi tercer hijo, Alfonso de Jesús. Cuando le di la noticia de mi embarazo, empezó a insultarme, a decir que no era su hijo, que quién sabe de quién sería. Su reacción me dolió mucho y le dije que de todos modos lo iba a tener, y que en ese momento me iba de su vida para siempre. Me pasé toda la noche llorando. Al día siguiente tomé mi ropa, y cuando me iba trató de detenerme. Me dijo, llorando, que no lo dejara, que no quería quedarse solo.

El 27 de febrero de 1992, nació mi hijo Alfonso de Jesús, que en la actualidad tiene diecinueve años. Para entonces, Alfonso ya

andaba con otra mujer, Silvia Colunga. Era una enfermera alta y gorda. Mantenían una relación en secreto porque ella era casada.

En 1994 Alfonso regresó y caí de nueva cuenta en sus mentiras; le volví a creer, tuvimos relaciones y quedé embarazada. El 7 de abril del mismo año nació mi cuarto hijo, de nombre Diego Alejandro. Cuando mis hijos crecieron, él nada más le hacía cariños al más chico enfrente de mí, y al anterior lo apapachaba a escondidas, sin que yo me diera cuenta. Un día le dije, por coraje, que “el que es buey, hasta la conyunda lame”, y que “lo que no puedes ver, en tu casa lo has de tener”.

Se acercaba el día de mi cumpleaños, soy del 17 de mayo, y recuerdo que Alfonso me preguntó qué iba a preparar de comer ese día. Le contesté que no sabía, pero que tenía ganas de ponerme una borrachera. Me dijo: “A ver qué compro el día de quincena”. Llegó la fecha de mi cumpleaños y él nunca se apareció. Fue cuando hice el coraje más grande de mi vida.

Pasó el tiempo y en 2002 entré a trabajar en una institución de gobierno llamada Tutelar de Menores Infractores, hoy Centro de Reintegración Social y Familiar, en la ciudad de Reynosa, donde me desempeñaba como policía de seguridad y custodia.

Ese año Alfonso se fue a vivir con Silvia Colunga, porque resultó embarazada. Recuerdo que unos días antes había tenido un sueño en el que la veía viajando en un autobús, y que se sentía mal porque se sobaba el brazo. Yo le decía que me dejara revisarla, que era enfermera, pero ella no aceptaba. Aclaro que nunca tuve nada en su contra, ya que no se portó mal conmigo ni me molestó para nada. Entré en una crisis muy fuerte; por nada me daban unas enormes ganas de llorar, nada me llamaba la atención, perdí todo interés en mí misma.

Recuerdo que en una ocasión Alfonso fue a presentar un examen al cuartel, y ahí mismo le sucedió un accidente: se fracturó una pierna. Antes de que saliera de la casa le había dicho: “Que Dios te bendiga”, y él me contestó molesto: “Tú y tu Dios”. Debía

ir al súper por la despensa, pero me sentía un poco indispuesta; tenía un presentimiento, como si algo malo fuera a pasar. Y, efectivamente, al poco rato, como a las nueve y media de la mañana, me hablaron por teléfono a mi casa para avisarme que mi esposo había tenido un accidente.

En ese entonces yo leía la Biblia. Pasaron como doce días y lo operaron. Le pedí a Dios por él, para que saliera bien de su operación de la rodilla. Cuando le sacaron radiografías y estudios, el doctor me dijo que era un milagro, porque todo había salido perfectamente bien, ya que podía doblar su pie.

Después de esta difícil etapa de mi vida, ese mismo año se lanzó una convocatoria, en la Academia de Policía, para un curso sobre Custodio de Menores Infractores. Me inscribí y aprobé el examen. El 16 de agosto de 2002 me comisionaron al Tutelar de Menores Infractores en Reynosa, Tamaulipas, bajo las órdenes del licenciado Arellano.

Pasó un tiempo y tuve un problema con un compañero custodio de nombre Telésforo. Me levantó un falso, por lo que me citaron a declarar a Contraloría Gubernamental. Según él, yo le hacía proposiciones indecorosas.

En 2006 me enteré de que Silvia Colunga había fallecido. Alfonso fue a buscarme y me dijo: “Se murió la mujer que más quería”. Sentí muy feo, porque de nueva cuenta me estaba dañando psicológicamente. Después, Alfonso decidió irse a vivir con otra mujer, Laura. Según ella, era curandera, y en la actualidad es hermana de una religión cristiana. Siempre sueño que me quiere hacer daño, pero no lo logra. Siempre he creído que tengo un ángel de la guarda grandioso, ya que siento una protección enorme para que nada malo me pase. Lo sé porque he soñado con lugares hermosos y que viajo a esos sitios. He tenido sueños maravillosos; como cuando soñé con la luna, que andaba muy cerca de ella.

No sé si sea coincidencia del destino, pero la mayoría de los hechos que han marcado mi vida me han sucedido en el mes de

junio. Mi padre falleció el 7 de junio de 1981, mi trabajo como agente de policía y tránsito me lo dieron el 17 de junio de 1988; también un problema legal que tuve con una persona fue el 7 de junio de 1996.

Hace como trece años me llegó una orden de aprehensión, pero gracias a Dios salí bien librada, ya que en ese tiempo apoyaba al presidente de mi colonia como secretaria del Comité de Agua potable y alcantarillado. Siempre fui muy participativa.

El 1 de marzo de 2006, Alfonso llegó a mi casa. Me dijo que quería regresar, que se iba a quedar a dormir. Empezamos a discutir y me dijo: “No quiero que vayas a meter a otro hombre a vivir aquí, porque ésta es mi casa. Si lo haces, vengo y te mato a ti junto con él”. Pero no se quedó, porque Laura, su pareja, lo estaba molestando por teléfono. Le dije que se fuera de mi casa, pero sin la camioneta. Yo había comprado ese vehículo, pero él se lo había quedado. Salí de la casa a arrancar la camioneta para estacionarla, y se enojó y empezó a insultarme. Me dijo que ya lo tenía hartado, que si por él fuera, ya me habría matado, y que nunca me quiso.

Seguí adelante, superé todos esos malos momentos echándome porras a mí misma, sacando carácter y coraje para vencer esas dificultades que nos presenta la vida. Me acerqué a la Iglesia y le pedí a Dios con todas mis fuerzas que me ayudara a salir adelante, que ya no quería seguir sufriendo, que me curara de mis enfermedades porque era el sustento de mis hijos. No sé lo que sucedió después, pero al terminar de orar, ya no sentía nada, todo lo malo había pasado. Al año conocí a un hombre bueno, Alejandro Martínez Pérez, con el cual rehice mi vida. Actualmente es mi pareja. Encontré un buen trabajo y todo era felicidad.

En mi etapa de adolescencia, mis tías comentaban entre pláticas que mi hermana mayor, Bertha Alicia, quien en la actualidad tiene cincuenta y ocho años, era mi verdadera madre. Recuerdo que en sueños que he tenido veo que no soy hija de mi madre María. Presiento que soy hija de Bertha Alicia, la que supuestamente es

mi hermana, porque todos mis sobrinos se parecen a ella, igual que mis nietas. Éste es un episodio de mi vida que aún no he podido descifrar. En una ocasión hice el comentario de que el día en que Bertha Alicia se estuviera muriendo, me tenía que confesar la verdad. Tengo otra hermana mayor, María Magdalena, que en la actualidad tiene sesenta y tres años. También le pregunté si sabía quién era mi madre, y me contestó que mejor le preguntara a Bertha Alicia.

Un día me encontré a Artemio, *el Tequila*, del que me enteré que fue novio de mi hermana Bertha Alicia en su juventud. Le pregunté por qué me trataba con mucho cariño siempre que me veía. Me abrazó. Le dije que tenía una duda, que me dijera la verdad, que si yo era cuata de mi hermana Rosa. Me contestó: “Tú eres de las cuatas de María”.

Pasó el tiempo, y a mediados de año me lo volví a encontrar cruzando la calle del boulevard. Corrió y me saludó muy efusivo. Me dio un abrazo y me dijo: “¿Qué necesitas, mi hija? ¿Qué se te ofrece? ¿En qué te puedo ayudar?” Su reacción me desconcertó mucho. Después de esto, ya no lo volví a ver. No sé por qué, pero presiento que este señor Artemio es mi padre, porque las veces que lo he visto siento su protección y cariño.

En ese tiempo me enteré de que mi hermana Bertha Alicia les dijo algo a mis hijos, porque Angélica Guadalupe hizo un mal comentario de ella, con mucho resentimiento en su contra. Hablé con mi hija y le dije que el rencor y el odio no eran sentimientos buenos. Con el tiempo, mi hija reaccionó, reconoció su error y me dijo que me quería mucho, que estaba arrepentida de su actitud. Le contesté que ellos eran toda mi vida.

Tengo tiempo leyendo y estudiando la Biblia. En una época estuve muy enferma, y fue por eso que tomé la decisión de acercarme a Dios. Estuve internada en el hospital por quince días, me realizaron estudios, y el médico no diagnosticó ninguna enfermedad; me dijeron que era psicológico.

Recuerdo que, en agosto de 2010, una compañera custodia de nombre Hermelinda fue a buscar a mi compañera Agustina en varias ocasiones. Como no la encontró, me comentó que quería realizar una permuta para la ciudad de Altamira. Le dije que a mí sí me interesaba, y enseguida realizamos los trámites correspondientes.

A mi llegada al Centro de Reintegración Social y Familiar, el comandante Telésforo me dijo que ahí iba a estar bien, siempre y cuando fuera responsable de mis funciones. El resto del personal era un poco irresponsable, a veces no se presentaban y tenía que doblar turno. Pero eso no me importó, ya que siempre disfruté mis labores y he sido cumplida en mis trabajos anteriores.

El 4 de septiembre de 2010 me presenté en el Centro de Reintegración Social y Familiar de Altamira. No tenía un lugar a dónde llegar, por lo que Telésforo, un compañero custodio, me recomendó con una compañera enfermera, para irme a dormir a casa de sus padres. Sólo estuve cuatro días, porque el papá de ella se quiso pasar de listo, y eso no lo permití. Cuando salí de casa de mi compañera, fui a la iglesia a hacer oración y a pedirle a Dios para salir de la difícil situación por la que estaba pasando. En eso se acercó una señora de nombre Cristina. Me dio consejos y me dijo que no me preocupara, que todo iba a estar bien. Me ofreció su casa, ya que tenía varias recámaras sin ocupar. Acepté muy contenta y le dije que nada más que cobrara la quincena, le pagaría lo de la renta.

Así transcurrió mi vida, del trabajo a la casa. Todo iba bien, hasta que llegó el día más trágico de mi vida, el 1 de octubre de 2010. Desde el momento en que salí de casa me sentía muy inquieta. Se me olvidó algo y me regresé como en tres ocasiones, incluso me salí sin desayunar, por lo que pasé a la tienda a comprar algo para mi almuerzo. En eso recibí un mensaje de mi hija en mi celular; me preguntó si estaba bien y le contesté que sí, que me encontraba en el trabajo. Pero en realidad me sentía muy angustiada, presentía que algo malo me iba a suceder.

En el Centro de Reintegración Social y Familiar tenía bajo mi custodia y seguridad a dos menores, Claudia Segura y María Fernanda de los Santos. La última de ellas había tenido visita de sus padres ese día, mismos que salieron un minuto antes de las diecisiete horas, que es el término del horario de visitas.

A las dieciséis horas con treinta minutos, el comandante se acercó a mí, medio nervioso, y vi que tenía en sus manos unas llaves. Se le cayeron y le pregunté de quién eran. Me contestó que eran de la oficina de la juez, que se las había dejado, ya que ella le tenía mucha confianza y se conocían de años.

A las diecisiete horas con dos minutos, llegó la enfermera y me dijo que si le daba chance de pasar al baño. En la pasada vi como que le entregó algo a la menor Fernanda, y ésta sonrió. Yo estaba acompañada de Claudia, la otra menor, y me preguntó por qué Fernanda estaba tan contenta. Le contesté que no sabía. Luego la enfermera salió del baño y se retiró, ya que era su hora de salida.

A las diecisiete con treinta minutos, salió el doctor de su consultorio. Comentó que olía mucho a cigarro, y yo dije: “Aquí nadie fuma”. Luego se rio con Fernanda, y ella, en forma sarcástica y burlona, repitió lo que yo acababa de decir.

Enseguida entró el comandante y me dijo que iba a poner unos focos. Le dije que me dejara uno para mis niñas. Me dejó uno y vi que hizo una seña a Fernanda, la menor.

Precisamente ese día había estado platicando con una maestra del INEA que da clases a los menores infractores todos los días, y me aconsejó que no confiara en nadie, ni en el licenciado Bogar, porque la gente era traicionera.

Después de eso, me encontraba platicando con la psicóloga, la licenciada Leticia, y le solicité un consejo sobre mi relación con mi pareja. La menor Claudia se asomó a la puerta. La licenciada Leticia le preguntó qué estaba haciendo ahí, y ella contestó, algo temerosa, que Fernanda no estaba. Me puse de nervios y dije:

“No, mi hija, no me hagan esto, por favor”, y realicé un informe detallado de los hechos.

Enseguida hablé con el comandante, y me dijo que ya estaba enterado de los hechos, que ya habían buscado a Fernanda por el área, pero no fue localizada. En eso, la directora me invitó un café y me dijo: “Tómatelo porque esto va para largo”. Regresé a mi lugar y le mandé un mensaje a mi pareja para ponerlo al tanto de lo sucedido. Le dije que se me había fugado una menor y él me contestó que tuviera mucho cuidado. Comencé a llorar de desesperación e impotencia.

Le dije a la directora, la licenciada María Concepción, quien me estaba acusando injustamente, que asumía parte de la responsabilidad que me tocaba. Ella me contestó que por cinco minutos de pendejez había perdido veinte años de trabajo. Elaboró la denuncia en ese preciso momento y me entregó a los preventivos.

Ellos solicitaron un informe detallado de los hechos para ver las características de la menor. En eso llegó la juez y les dijo a los preventivos que ella iba tras de la menor, y que al cruzar la vía se le atoró un tacón y ya no la pudo alcanzar, que iba rumbo al barquito. Ella no se había dado cuenta de que yo estaba ahí, escuchando. Los policías se dirigieron a mí y me preguntaron quién era ella. Les contesté que la juez, y dije que qué casualidad que ya estuviera enterada de la fuga de la menor, si cuando le solicité que me llevara a buscarla me contestó que llevaba prisa. Los policías me comentaron que en estos hechos había algo muy raro.

Antes de que me llevaran los preventivos, yo estaba tranquila, pero me sorprendió que la directora del Centro me dijera que me llevara papel de baño y una sábana, porque iba a dormir ahí. Tomé mi bolso y me dijo que no, porque a donde iba no la iba a necesitar. Ahí traía mis cosas personales y mi dinero, y no permitió que la tomara. Me dijo: “Tus cosas aquí van a estar seguras”; y no autorizó que hiciera una sola llamada telefónica.

El viernes 1 de octubre de 2010, como a las veinte horas con treinta minutos, me trasladaron a las instalaciones de la Policía Metropolitana de Altamira. Y, al día siguiente, a las oficinas de la Agencia del Ministerio Público a rendir mi declaración preparatoria. Recuerdo que me sentía muy mal; tenía dolor de cabeza, creo que era la presión, pero cuando el abogado defensor, el licenciado Mario Estrella, me dijo que todo iba a estar bien y me notificó libertad absoluta, me sentí un poco mejor.

El lunes 4 de octubre, aproximadamente a las diecisiete horas, me trasladaron a las instalaciones de la Policía Metropolitana de Ciudad Madero. Estuve ahí hasta el 9 de octubre. Ese día fue el más triste de mi vida, porque a las catorce con treinta minutos me dictaron auto de formal prisión.

El jueves 7 de octubre le dije al policía de la Metropolitana de Ciudad Madero que me hiciera favor de hablarle a la directora por teléfono, para que me llevara mi bolsa. En la tarde se presentó la directora para entregármela, pero le dijo al policía metropolitano que era mi responsabilidad si se me perdía.

En una ocasión fue Érika, una compañera custodia, a visitarme. Me dijo que ella iba por su voluntad, pero la vi como sacada de onda. Le pregunté por qué iba, si lo hacía de mala gana. Me contestó: “No estoy enojada. Te quiero decir algo aquí entre nos. La juez se llevó a Fernanda, la menor que supuestamente se te fugó”. “Por qué me dices esto hasta ahorita?”, le contesté. Me sentí impotente por todas esas injusticias.

El 9 de octubre me giraron orden de aprehensión. Estaban varios compañeros conmigo cuando llegaron por mí. Hicieron como que no sabían nada, pero en realidad ya sabían que esto iba a pasar.

A las veintitrés horas con cincuenta minutos ingresé a las instalaciones de este Centro de Ejecución de Sanciones Altamira. El juez me notificó que estaba ahí por el delito de evasión de presos, y que, según el artículo 159 del Código Penal para el estado de Tamaulipas, la pena es de seis meses a siete años de prisión.

Transcurrió una semana de haber llegado a este Centro y vino a visitarme una custodia de nombre Juana, compañera de trabajo. Me comentó que la menor Fernanda, a los cuatro días de la fuga, regresó al Tutelar, que la habían llevado los policías ministeriales.

Después vinieron a visitarme los compañeros que me dieron la espalda en los momentos en que yo necesitaba su apoyo. Les reclamé por qué no me habían defendido si sabían que era inocente. Les platiqué que me había venido a visitar Juana. No entiendo por qué mis compañeros no mandaron oficio al juzgado para informar que la menor ya había sido localizada y llevada de nueva cuenta al Tutelar.

Cabe aclarar que Fernanda ya se había fugado el 28 de agosto de 2010, y en esta fecha estaba bajo la seguridad y custodia de la compañera Margarita; yo todavía no estaba laborando en ese Centro. Me presenté a laborar por vez primera, el 4 de septiembre. De estos hechos me enteré por otros compañeros. El 27 de septiembre, la menor Fernanda regresó al Centro de su primera fuga, día que me tocaba descansar, y el 1 de octubre, día de mi siguiente guardia, me tocó tenerla bajo mi seguridad y custodia. Aclaro que estuvo bajo mi responsabilidad un solo día.

Mis compañeros del Tutelar preguntan por mí y nadie les da razón de que esté recluida en este Centro de Ejecución de Sanciones, yo les tuve que informar. Me dieron las bendiciones y me dijeron que no perdiera la fe y la esperanza de que pronto obtendría mi libertad.

A Norma de León Rivera, amiga y compañera de trabajo, en una llamada telefónica le dije en tono de broma que me había sacado un auto, pero un auto de formal prisión. Ella me contestó que ni en los malos momentos me amedrentaba, y que se arrepentía de haberme animado a realizar la permuta para venirme a esta ciudad. Pero lo hizo porque quería que estuviera más cerca de mis hijos. Le platiqué que mis compañeros me habían dado la espalda en los momentos en que los necesité, aun a sabiendas de que era

inocente. Ni el coordinador, que tenía la autoridad suficiente para apoyarme, metió las manos por mí.

En una entrevista que me hizo una reportera me dijo: “Señora, es muy pronto para que la manden a prisión”. Le contesté que en cuanto se dieron cuenta las autoridades del Centro de que se había fugado la menor, estuve nueve días sin comunicación. Me preguntó que si no tenía quién me defendiera. Le contesté que no, y que los tres días que pasé en las instalaciones de la Policía Metropolitana en Altamira no contaban.

Siento que este proceso fue armado por parte de las autoridades del Centro de Reintegración Social y Familiar. Quieren tapar el sol con un dedo, porque como esta menor ya se había fugado en la fecha anteriormente mencionada, ahora me doy cuenta de que planearon todo para involucrar a alguien, y fui yo la afectada.

Pasó un mes y medio y mi compañero Telésforo me dijo: “Te traigo un abogado; te va a apoyar con tu caso para que salgas en libertad este año”. Después me enteré de que extrañamente dejaron el expediente a tan solo veintidós días de haber iniciado el proceso, y el abogado no se presentó a darse de alta en el juzgado.

Me preocupé porque puedo perder mi trabajo, lo cual me da mucho coraje, y volví a llorar de impotencia. Cómo es posible que pierda mi trabajo si es lo más sagrado que tengo, ya que de ahí proviene el sustento para sacar adelante a mi familia. No se vale que por una injusticia de la vida pierda los años que tengo de antigüedad.

Hoy, 23 de enero de 2011, mi madre cumple catorce años que falleció. Y precisamente hoy soñé a mi hermano Teodoro, a quien, cuando pasó aquella horrible pesadilla, mi madre apoyó para que se fuera a Cuernavaca. No lo he vuelto a ver. En mi sueño platicaba conmigo y le preguntaba por qué nunca regresó a Ciudad Victoria. Me contestó que porque su religión no se lo permitía.

Por azares del destino me encuentro injustamente encerrada en este Centro de Ejecución de Sanciones. Mi vida durante estos cinco

meses de reclusión no ha sido fácil. He reflexionado, ya que, de recién llegada, me la pasaba llorando todas las noches, de rabia, de impotencia, de estar aquí, pero me he acercado mucho a Dios, y es lo que me ha mantenido firme; nunca entenderé tanta maldad.

No me gusta complicarme la existencia, ni andar involucrada en chismes con las demás compañeras reclusas; he aprendido a tolerarlas.

No es fácil, pero aquí la vida me ha enseñado a ser tolerante. Participo en las actividades del Departamento de Educación, Cultura y Deporte, específicamente en teatro y cachibol, las cuales me han servido como terapia para sobrellevar esta difícil y dura situación por la que estoy pasando.

Esto lo hago para salir bien librada. Espero y tengo fe en Dios que sea pronto. Lo que más deseo es conservar mi trabajo. Hasta la persona más ingenua se daría cuenta de que todo esto fue planeado con premeditación, alevosía y ventaja.

Centro de Ejecución de Sanciones Altamira
Altamira, Tamaulipas